

CAPÍTULO VIII.

Variaciones de los protestantes.—Los nuevos apóstoles del protestantismo en España.—Sacramentarios.—Zuinglio.—Anabaptistas.—El protestantismo no puede ser importado en España.—Entra libremente en Suecia y en Dinamarca.—Inconsecuencia de Lutero.—Cisma de Inglaterra.

Apénas apareció el luteranismo en el mundo empezó á dividirse en multitud de sectas diferentes. No podía ser de otro modo. El privilegio de la unidad está reservado al catolicismo, porque el catolicismo es la verdad. El mismo *credo* recita el más humilde católico de las regiones más apartadas de Roma, que el Jefe supremo de la Iglesia que mora en el Vaticano. Es que el catolicismo es hijo del cielo, que fué fundado por el Hijo de Dios hecho hombre, razon por la cual no ha tenido ni tendrá variacion. El luteranismo ó protestantismo, pues por ambos nombres es conocida la Reforma, es hijo de la mentira, y de aquí la diversidad de sectas en que se halla dividido.

Vivia aun el pérfido apóstata Lutero cuando ya empezaron á aparecer esas divisiones, pretendiendo cada una de las

sectas estar en posesion de la verdad, y no se necesita por cierto una capacidad privilegiada para comprender que todas ellas viven en el error. Volvemos á repetir lo que ya una vez hemos dicho; á saber, que no concebimos cómo una persona de buena fe y de regular criterio puede vivir tranquila en la profesion del protestantismo cuyo origen es tan asqueroso, pues parte de una miserable apostasia engendrada por la soberbia. El mismo Erasmo, en un momento de lucidez no pudo ménos de exclamar: «Gana da de reir, al considerar estos noveleros, cuando se comparan con los apóstoles de Jesucristo; cuando se envanecen de anunciar al Señor, de proclamar la verdad, de difundir el gusto por las bellas letras, etc.» Así decimos á nuestra vez: Ganas nos dan de reir al escuchar esos nuevos apóstoles del protestantismo que desde el movimiento de setiembre y bajo el amparo de las nuevas leyes, que sea dicho de paso, permiten todos los cultos, y oprimen al catolicismo que es la religion de la inmensa mayoría del pueblo español, han aparecido entre nosotros. Jactanciosos se presentan queriendo ser reputados por maestros de la verdad, cuando no son otra cosa que profesores de la mentira. ¡Pobres gentes! Sin exámen de ninguna clase ni criterio para distinguir el bien del mal, han abrazado una causa que les pierde porque se han convertido en emisarios de Satanás. Empero reanudemos el hilo de nuestra narracion.

La historia de la Iglesia referirá la desgraciada pérdida de Rodas, en la que pusieron á prueba su valor los caballeros de San Juan de Jerusalem, sin que hubiesen podido evitar el que cayese en poder de Soliman, merced á una pérdida

traicion. Para que fuesen mayores las calamidades de la isla de Rodas, apareció en ella una nueva secta impía tanto como el luteranismo á que debía su origen.

Nos referimos á la secta de los sacramentarios.

Zuinglio trabajó por mucho tiempo á fin de alcanzar gran crédito para poder llevar á cabo los pèrdidos planes que se habia propuesto. Sabia, como todo el mundo, que desde que Lutero se habia hecho jefe de secta, todas las naciones germánicas se hallaban agitadas por las cuestiones religiosas que se habian suscitado. Zuinglio, luego que ya habia alcanzado reputacion, y convencido de que seria escuchado sin prevencion, reunió el senado de Zurich con el objeto de deliberar y ver á lo que se habian de atener en órden á las citadas cuestiones religiosas. Era necesario ver cuál de las doctrinas era la más conforme á la palabra de Dios.

Es en verdad cosa curiosa ver una asamblea de personas laicas reunidas para deliberar en materias de fé. ¿Quién les habia dado esta mision? ¿De dónde provenia su autoridad para tomar determinaciones doctrinales? Es que en el siglo xvi, y justamente cuando más esplendoroso y robusto se presentaba el pontificado romano, parece que Dios por sus altos juicios habia permitido á Satanás que suscitase tantos monstruos de impiedad que combatian la verdad católica, para que esta prevaleciese sobre toda suerte de errores, dando al mundo de esta manera nuevas pruebas de la divinidad de su origen.

En vano el obispo de Constanza envió á su vicario general para que impidiese aquella reunion. Los individuos que

la formaban contestaron que se hallaban interesados en su salud eterna, y que por lo tanto tenian un derecho indisputable á investigar por sí mismos dónde se hallaba la verdad. Zuinglio explicó su doctrina que consistia en sesenta y siete proposiciones que se reducian á que el Evangelio es la única regla de nuestra fé, debiendo ser desechadas como inútiles todas las antiguas tradiciones: que Jesucristo es la única cabeza de la Iglesia, y que esta no es otra cosa que la comunión de los santos ó la congregacion de los escogidos: que la potestad del papa y la de los obispos no está fundada en la Sagrada Escritura y que solo proviene del orgullo; y que no hay otros obispos ni otros clérigos que los que anuncian la palabra de Dios. No es ménos monstruosa la doctrina acerca de la confesion, pues decia que sólo es una simple consulta, toda vez que sólo á Dios compete la facultad de perdonar los pecados. Con respecto al purgatorio negaba su existencia ó al ménos que este dogma esté probado por la Escritura. Del sacrificio de la misa decia que no es otra cosa que una conmemoracion del sacrificio de la cruz, que es el único que existe. ¿En qué se diferencian estas monstruosas doctrinas de las de Lutero? En muy poca cosa. Zuinglio habia aceptado las doctrinas del célebre apóstata agustino, pero siendo orgulloso no queria llamarse luterano, y prefirió de mejor grado constituirse jefe de secta. Para esto bastaba variar algo la ensenanza, y esto fué lo que hizo. Combatió la presencia real de Jesucristo que retenia Lutero y al mismo tiempo el modo con que Carlostadio la conservaba. No habia convencimiento de ninguna clase, sino únicamente el deseo de hacerse célebre, queriendo admitir su-

perioridad sobre Lutero. ¡Triste privilegio el que deseaba! para contradecir á Carlostadio y al mismo tiempo á Lutero, decia que en estas palabras: *Este es mi cuerpo*, el *es* hace las veces de la palabra *significa*; de modo que el sentido de esta frase: *Este es mi cuerpo*, no se distingue nada del sentido de esta otra: *esto figura ó significa mi cuerpo*; *esto es la señal ó la figura de mi cuerpo*. La fraccion del pan representaba el Cuerpo inmolado, y la suncion del vino la Sangre derramada. Nada habia allí espiritual por lo tanto más que la fé, la cual bajo de estas señales visibles obraba interiormente en las almas (1).

Al tiempo mismo que Zuinglio en la isla de Rodas hacia nacer una nueva secta del luteranismo, surgia otra en Wittemberg que era la de los anabaptistas. Hé aquí de qué modo se explica el nacimiento de esta secta: «Del seno de este monstruo fecundo (el luteranismo) salian cada dia producciones todavia más monstruosas. Dos de los principales discipulos de Lutero, Tomás Muncer y Nicolás Storeh, abandonaron á su maestro por los mismos principios y bajo los mismos pretextos con que él se habia separado del cuerpo de la Iglesia. Estos no hallaban su doctrina bastante perfecta; y como no admitian por guia más que la Escritura Santa interpretada á su antojo, pretendian no deber conducirse por otras luces que las que recibiesen del Padre celestial en la oracion. Con esta máxima de conducta fácil es presumir los excesos á que les precipitaria su fanatismo. Por medio de un exterior devoto y mortificado, de una barba larga, de una taciturnidad melancólica, de una ropa de

(1) Zwingl. subit. de Euch. p. 240.

lana grosera, y de un desaliño repugnante, inspiraban un sumo desprecio á todas las leyes, así políticas como eclesiásticas, una aversion declarada á los magistrados, á la nobleza, á todas las potestades y á todo género de superioridad. Querian que todos los bienes fuesen comunes, todos los hombres libres é independientes, y prometian un imperio donde reinarian solos en una felicidad perfecta, despues de haber exterminado á todos los impíos, es decir á todos aquellos que no hubieran abrazado su impiedad homicida. Por lo que respecta á los sacramentos y á todo culto exterior de la religion, los despreciaban enteramente; condenaban sobre todo el bautismo recibido en la infancia, y rebautizaban á cuantos entraban en su sociedad, de donde les vino el nombre de anabaptistas ó rebautizantes.

Cuando apareció esta secta en Wittemberg, Lutero se llenó de indignacion. No podia resistir que se contradijese con nuevas enseñanzas lo que él sostenia, y no habia tenido inconveniente en oponerse él á la enseñanza de los Padres y Doctores y hasta á la del mismo Evangelio. ¡A tal extremo ciega el orgullo al misero mortal! Empezó, pues, á perseguir á la nueva secta con toda la violencia de que era capaz, y en esta persecucion más de una vez recurrió á los buenos principios que por lo visto no habia olvidado por completo. Habia establecido por máxima que no se debía admitir al exámen del fondo de la doctrina á los doctores de novedades, ni recibirles las pruebas que alegasen de la Escritura en apoyo de la verdad de las opiniones, y que sólo debía preguntárseles de quién habian recibido la mision de enseñar. «Si responden, prosigue, que de Dios, que lo

prueben con milagros manifiestos; pues por este medio se declara Dios cuando quiere mudar alguna cosa en la forma de la mision (1).» ¡No observaba el insensato apóstata que con esta máxima echaba por tierra su pretendida Reforma! Los hombres sensatos debían haberle preguntado: «Y tú, Lutero, ¿de quién has recibido el encargo de enseñar?» Seguramente hubiese contestado que de Dios. «Pues bien, debían replicarle, ¿dónde están tus milagros? Tú no has hecho otra cosa que despojarte de tu hábito religioso, quebrantar públicamente tus votos y contraer una boda doblemente sacrilega, de lo que has hecho ostentacion. ¿Son estos tus milagros? ¿Lo son esas continuas injurias é improperios que diriges al Sumo Pontífice?» Y seguramente no hubiese tenido qué contestar y se hubiese visto confundido. Pero ya hemos dicho que los príncipes y poderosos le sostenían porque tenían fija la vista en los bienes de los monasterios que segun el mismo Lutero les correspondían en buen derecho, y no se tomaban el trabajo de investigar si el reformador era un farsante, bien que esto debían todos conocerlo. ¡A cuántas miserias arrastra el inmoderado deseo de poseer! Los anabaptistas no eran otra cosa que cooperadores de sus usurpaciones y obras sacrilegas, y sin embargo, no contento con haber hecho desterrar á los jefes de la secta, excitó á los príncipes á exterminar por la fuerza de las armas á todos aquellos perturbadores sin que usasen de misericordia con ninguno. Los príncipes quisieron complacer al reformador, y de esto tuvo origen aquella guerra implacable conocida con el nombre de guerra de los

(1) Sleid., t. v, pág. 60.

campesinos, pues así se distinguían los anabaptistas, que costó á la Alemania tanta sangre.

Muncer de Sajonia y Storch que fueron arrojados de Wíttemberg no cesaron en su obra. El primero de ellos se dirigió á la Suiza, y allí distribuyó por todos los cantones sus más diestros y atrevidos discípulos. Como todos los revolucionarios cuando quieren hacer partidarios, empezó por adular á los pueblos que recorría hablando en público de la igualdad de las condiciones sin ninguna clase de dependencia y de la comunión de bienes. No hay cosa que más halague á los que nada poseen, y así era escuchado como un oráculo. Despues que se habia captado las voluntades, exhortaba á arrojar á los frailes, á apoderarse de los monasterios y abadias, y á no sufrir en adelante las injusticias de los magistrados, ni las opresiones de los soberanos; es decir, á oponerse enérgicamente á todo principio de autoridad. Llegó á Turingia, y allí fué donde ganó más prosélitos, llegando á adquirir tanta influencia, que consiguió que el pueblo por autoridad propia depusiese á todos aquellos magistrados que no se mostraban propicios á secundarle, y quedó casi por único dueño del gobierno. Predicaba con frecuencia su anárquica doctrina, y decia que en sus discursos era inspirado por el arcángel san Miguel. ¡Mejor debiera haber dicho por la peana! Hacia saber que él estaba destinado por el cielo para fundar con la espada de Gedeon un nuevo imperio á Jesucristo, que Dios no queria que su pueblo gimiese por más tiempo bajo la tiranía de los magistrados y príncipes, que habia llegado el tiempo en que el altísimo y poderoso Dios le habia mandado exterminar

todos estos monstruos, para establecer en su lugar el reino de la probidad y la virtud. Todas estas predicaciones dieron el fruto que era de esperar, y sabido es que el mal árbol no puede dar sino frutos corrompidos.

Sobre esto hemos hablado con detenimiento en nuestra *Historia general de la Iglesia*, en la que citamos la siguiente importantísima narracion de Henrion, que necesariamente hemos de reproducir aquí para los que no conozcan ni nuestra obra citada, ni la del escritor francés.

«Los campesinos de Suavia, dice, fueron de los primeros que se sublevaron en favor de lo que llamaban con Lutero libertad cristiana. Sus vecinos siguieron el ejemplo, y este se propagó con una rapidez maravillosa de pueblo en pueblo, de suerte que infestó en el mismo año el canton de Zurich en el centro de la Suiza, donde faltó poco para que esta violenta secta se estableciese sobre la ruina de la Reforma, que tan solemnemente había sido allí adoptada. Despues de repetidos desastres fueron, en fin, reprimidos, á lo ménos por algun tiempo; mas en todos los círculos del imperio creció el mal de tal manera, que aquellos fanáticos formaron en poco tiempo un ejército de cuarenta mil hombres. Unos se proponian establecer el nuevo reino de Jesucristo con que los lisonjaba Muncer; otros, escapados de las prisiones y del suplicio, no llevaban otro objeto que continuar impunemente la vida criminal que les había merecido el castigo: todos querian ser libres de impuestos, de cargas, de leyes y de toda sumision. Pfeiffer, fraile apóstata del órden de Premonstratenses, les decia que Dios les había especialmente revelado que exterminasen la nobleza. Servia

de teniente á Muncer, el cual iba al frente de la tropa, bajo el titulo de criado del Supremo Señor contra los impíos: les aseguraba que ninguno de ellos sería herido, y que él tampoco lo sería, aunque recibiría solo en sus mangas todas las balas de la mosquetería.

»Dividieron su ejército en tres cuerpos, hicieron audazmente la campaña, y se apoderaron de ciudades importantes como Wurtzburgo y Wimberg en la Franconia, y allí pasaron á cuchillo todos los nobles, sin respetar al conde Luis de Helfstein, en cuyo cuerpo ensangrentaron bárbaramente sus picas. Avanzaron hácia Constanza, en Suiza, pasaron el Rhin, y atravesaron la Alsacia, señalando todos sus pasos con los horrores de la desolacion. Lo mismo iban á hacer en las provincias confinantes de Francia cuando el duque de Lorena y el conde de Guisa, su hermano, que mandaba en Champaña, salieron á su encuentro con seis mil hombres. Aunque ellos eran más de treinta mil, perecieron las dos terceras partes, ya á los filos de la espada, ó ya quemados en las casas, donde el miedo y la indisciplina los había dispersado. En fin, fueron disipados en la batalla de Franckenbauren, en Turingia, despues de la cual Muncer, su caudillo, y el apóstata Pfeiffer, hechos prisioneros, junto con los principales fautores de la rebelion, expiaron en un cadalso sus crímenes y los desórdenes de que eran autores (1525). La secta, sin embargo, no fué extinguida con la rebelion, sino solo desterrada de las provincias del alto Rhin, de donde refluuyó á la baja Alemania, particularmente por la Westfalia, por la Holanda y países vecinos (1).»

(1) Berauit-Bercastel, lib. LIX, n. 4.

De todas estas calamidades, de otras muchas que á ellas se siguieron, y de todós los demás trastornos que hasta nuestros dias han trastornado y agitado los pueblos de la Europa, fué causante Lutero. Si este aborto del infierno no se hubiese separado de la senda de sus deberes, si hubiese sido fiel á sus votos religiosos y no se hubiese dejado arrastrar por el orgullo que dominaba su corazon, ni se hubiesen suscitado cuestiones religiosas, ni hubiesen aparecido tantas sectas enemigas de la verdad evangélica. Lutero fué un verdadero ángel exterminador.

El luteranismo se extendia con rapidez y penetraba en los diversos países á manera de epidemia desoladora, haciendo victimas á millares. Puede decirse que no quedó nacion en Europa donde no entrase este fatal contagio, si bien en algunas no consiguió tomar carta de naturaleza. España fué entre todas la que con más firmeza le rechazó dando á conocer que era la más católica entre todas. El rey don Felipe II le hizo una guerra implacable, y la herejía protestante tembló y huyó despavorida ante el monarca de dos mundos que fué un verdadero defensor de la verdad evangélica en sus reinos. Si todos los soberanos hubiesen imitado á don Felipe, si hubiesen tenido en más aprecio á Aquel que da y quita las coronas segun que place á su voluntad omnipotente, que los bienes terrenos, es indudable que la mal llamada Reforma hubiera muerto en su misma cuna evitando á la Europa muchos dias de desdichas y hoy de infausta recordacion.

En Suecia y en Dinamarca penetró con libertad el luteranismo, cobijado bajo el manto real de los respectivos so-

beranos de estos reinos, que sufrieron grandes trastornos desde el momento en que dieron entrada franca á la herejía. El rey de Dinamarca hizo entrar en la Suecia un poderoso ejército que llevó á cabo las mayores tropelias. Las victimas fueron innumerables, y entre ellas se cuentan los senadores que marcharon al suplicio con todas las insignias de su dignidad para que fuese mayor la afrenta.

Digno de elogio fué el rey de Polonia Segismundo II, que siendo varon de grandes virtudes y muy adicto al Pontificado romano hizo los mayores esfuerzos para evitar que el luteranismo que habia invadido los países vecinos en los que hacia tan rápidos progresos, penetrase en sus Estados, y á tal y tan plausible extremo llegó su celo para evitar el que sus vasallos se contaminasen con la herejía, que publicó un edicto prohibiendo bajo pena de muerte leer y conservar ninguna obra de Lutero. Dirigióse despues á los obispos á los cuales suplicó que se reuniesen en concilio, lo que hicieron sin pérdida de tiempo, y en esta asamblea nacional confirmaron los Padres el decreto del rey, mandando que se diera gran publicidad á las bulas pontificias expedidas contra los errores de Lutero. Dos discípulos del reformador que habian hecho gran propaganda en los Países Bajos fueron á Bruselas donde no pudieron ocultar sus designios, pero cayeron inmediatamente en poder de la justicia que los hizo quemar vivos (1).

Por este tiempo ocupaba ya la cátedra de san Pedro el digno sucesor de Leon X, Adriano VI. Este pontífice procuraba por todos los medios posibles contener á Lutero en

(1) Steid., t. iv, pág. 100.

sus excesos y poner un dique á las invasiones de que estaban amenazados todos los países cristianos. Poco pudo, sin embargo, adelantar en sus santos propósitos por haber bajado al sepulcro antes de cumplir el segundo año de su pontificado, pero sucedióle Clemente VII cuyos primeros cuidados fueron procurar la paz y la concordia entre los principes cristianos y oponerse al torrente invasor de la herejía. A contar desde la paz de Constantino no habia habido un pontificado más agitado, merced al cisma de Lutero.

Hemos dicho que el reformador empezando por combatir las indulgencias fué precipitándose de error en error hasta negarlo todo. Tal vez no fué esta su primera intencion, pero así se suceden los errores en todas las revoluciones, y la pretendida Reforma no fue otra cosa que la más espantosa revolucion demagógica: sin embargo, es necesario convenir en que Lutero tenia el alma envilecida. El culto católico es tan bello como majestuoso, y ya hemos visto que en nada le impresionaron en su viaje á la corte pontificia, ni la majestad del culto que en ella se tributa al Sér Supremo, ni las bellezas que se encierran en aquel emporio de las artes. Predispuestos los ánimos para el mal á causa de sus predicaciones, los templos eran despojados en toda la Alemania, y Lutero aplaudió primero secretamente y luego en público la desaparicion de las bellezas de arte de los templos que antes habian sido objeto de aclamacion. Puede decirse que sus discipulos casi le aventajaron en impiedad si es que podia haber aumento en la del miserable apóstata, porque obra de ellos más que del maestro fué la sucesiva ruina de los santuarios católicos. Empezóse por despo-

jarlos de las vidrieras donde aparecian pintadas imágenes de santos, sustituyéndolas con otras que carecian de aquel adorno: despues se suprimieron las ceremonias del Bautismo y de toda la liturgia católica en general.

El desórden no podia ser más completo. Muncer se esforzaba en generalizar la poligamia, Storck predicaba el comunismo de bienes y Carlostadio la abolicion de toda clase de ceremonias religiosas. Parecia haber llegado nuevamente la hora de Satanás y el poder de las tinieblas. Aquí se excitaba á la destruccion de los templos y de las imágenes; allí se calificaba de inútil la confesion sacramental, el bautismo y el culto de los santos: unos enseñaban públicamente que no debia acudirse á la intercesion de la santísima Virgen, mientras otros combatian las plegarias así al lado del lecho del moribundo, como sobre la tumba de los muertos.

La vida de Lutero desde que puso el pié en el camino del mal, fué una cadena no interrumpida de inconsecuencias. Por algun tiempo conservó el uso de la sal y del óleo en el bautismo, y el signo de la cruz que el ministro practica en la frente y el pecho del bautizado. Más tarde no conservó más que la cruz y el exorcismo. En lo que más trabajó y con más empeño, fué en desterrar el culto de la Madre de Dios, y entre otras súplicas católicas, suprimió la que con tanta frecuencia se halla en los labios de todos los católicos: *ora pro nobis*.

Tambien dispuso la abolicion de la misa, bien que este mandato no fué observado por sus discipulos que en su ausencia la conservaron en Wittemberg; pero viendo Lutero

que el pueblo llevaba á mal aquella abolicion, temiendo perder partidarios, la restableció, no porque considerase que la misa fuese propiciatoria, y verdadera renovacion y continuacion del sacrificio del Calvario, especialmente desde su entrevista con Satanás, ni aun señal de holocausto; si meramente medio aun para agradecer á una parte del pueblo no tan pervertida quizá como él hubiera deseado. Pero por de pronto suprimió el ofertorio, el cánon y *otras antiguas fórmulas*. Dejó la elevacion del *pan* y del *cáliz*, la salutación á los asistentes, la mezcla del agua y el uso de la lengua latina. Todavía estaba perplejo sobre la abolicion de la confesion auricular; pero por último le quitó su carácter y su objeto que fué lo mismo que abolirla. Hoy vemos que no se conserva en ninguna fracción protestante; y si algun ministro ha tratado de su restablecimiento, han llovido sobre él la rechifla, todos los dicterios y las censuras más amargas (1).

Es necesario demostrar ahora cuál fué el origen de la introduccion y de los progresos del cisma luterano de Inglaterra. Enrique VIII se habia mostrado siempre muy fervoroso católico. Desde luego que conoció las novedades que en materias de religion esparcía el falso doctor de Wittemberg, manifestó el mayor sentimiento, y publicó severos edictos para preservar á sus vasallos del cisma, y aun compuso, ayudado por algun teólogo, un *Tratado de los Sacramentos*, que dedicó al sumo pontífice Leon X, que entonces ocupaba la Silla de san Pedro. En esta obra probaba las indulgencias, la supremacía del romano Pontífice, el número de siete sacramentos y las principales verdades que negaba

(1) D. Antonio Vergés y Mirassó. Obra citada.

Lutero. El papa que quiso premiar el celo del rey Enrique, le concedió que pudiese usar el título de *Defensor de la fé*, título que no tardó en deshonorar con su conducta anticatólica. Enrique tuvo tambien un especial cuidado en impedir que circulase en sus Estados la traduccion infiel que Lutero habia hecho de la Biblia, con lo que manifestaba su profunda adhesion á la fé católica.

Desgraciadamente por los años de 1526 ó 1527 Enrique VIII se dejó dominar por una pasion sensual que le arrastró al abismo de los mayores males. Hallábase casado con la princesa Catalina, hija de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel y viuda de Arturo hermano de Enrique, por lo cual habia necesitado una dispensa pontificia que concedió Julio II en 1503 despues de haber tenido varias consultas con los más notables teólogos y canonistas de Roma. Ana Bolena, mujer llena de ambicion, trabajó para ganar el corazon del rey por el deseo que tenia de llegar á adquirir el nombre y la consideracion de reina. Enrique, que se habia apasionado vivamente de Ana Bolena, formó el proyecto de contraer matrimonio con ella. No podia tener ninguna clase de queja de la reina Catalina que era una princesa de muchas virtudes, pero Enrique no teniendo nada que alegar para poder llevar á cabo su propósito empezó á manifestar escrúpulos de que su casamiento con Catalina, viuda de su hermano, debía ser nulo. Era á la sazón primer ministro de Inglaterra el cardenal Vorseo, hombre de mucha ambicion, el cual léjos de disuadir al rey de su idea de divorciarse de Catalina la aplaudió y fomentó. Dicen los historiadores que el objeto del cardenal era más

que complacer al rey, el disgustar al emperador Cárlos V, del que queria vengarse por no haberle dispensado la proteccion que él habia deseado para ocupar el trono pontificio. Por su parte Enrique VIII creyó erróneamente que Clemente VII accederia á sus deseos, fundando esta idea en que aquel pontifice debia hallarse resentido con Cárlos V que en parte habia sido causante de las desgracias que habia experimentado el Santo Padre, y cuyo relato no es de este lugar. Se equivocó el rey de Inglaterra como se equivocan todos los que piensen que un Vicario de Jesucristo pueda por resentimientos personales hacer traicion á sus deberes ni faltar en lo más mínimo en materias de doctrina. Clemente VII no accedió á las peticiones que le hicieron los embajadores de Enrique para que declarase la nulidad de su matrimonio con Catalina, pero al mismo tiempo no queriendo exasperar á un monarca tan poderoso y que tanto celo habia manifestado hasta entonces en favor de la religion, y teniendo presente el delicado estado de salud en que se encontraba la reina Catalina, creyó prudente ganar tiempo por si entre tanto ocurría el fallecimiento de aquella virtuosa princesa, ó el rey Enrique vencía la pasion de que se hallaba dominado por Ana Bolena. A este fin comisionó á los cardenales Volseo y Campesio para que en Lóndres conociesen judicialmente de la nulidad del matrimonio. Hemos dicho que el ambicioso cardenal Volseo se mostraba favorable á los proyectos del rey en su deseo de tomar por este medio venganza del emperador Cárlos V: asi pues, de haber recibido solo la comision de Clemente VII hubiera accedido con la mayor facilidad á la voluntad del rey, pero tropezó

para ello con una gran dificultad, cual fué la rectitud de conciencia del cardenal Campesio que queriendo examinar minuciosamente y cual era debido asunto de tanta trascendencia, se negó á pronunciar sentencia tan pronto como hubiera querido su compañero, difiriéndola desde el 23 de julio en que debia haberse dado, hasta el 1.º de octubre. Debemos consignar de paso en honor de la memoria del cardenal Volseo que al cabo de un año murió mostrando un grande arrepentimiento de haber faltado á sus deberes por complacer al licencioso monarca.

El papa Clemente avocó á sí la causa, lo que exasperó en gran manera á Enrique, pues conoció que el negocio era perdido para él. No queriendo desistir en su propósito, consultó con todas las universidades, de las cuales no solamente le fueron contrarias las de Alemania, Flandes y España, sino que tampoco aprobaron el divorcio algunas de las del primero de los citados países que ya se habian declarado protestantes. Al mismo tiempo Enrique envió á Roma un nuevo embajador acompañado de algunos canonistas que ya habia ganado para que le fuesen favorables, con el objeto de que hiciesen nuevas instancias. Como quiera que el clero de su reino no se le mostraba tampoco favorable, estalló contra él su rabia y furor, y bajo el pretexto de corregir la avaricia en los eclesiásticos disminuyó la tasa de los derechos que percibían por el desempeño de las funciones de su sagrado ministerio. Juzgaron algunos eclesiásticos que haciendo al rey algun cuantioso donativo se calmaria el furor que habia manifestado contra el clero. Al presentarse con este objeto al monarca, el que tomó la palabra cometió la

inealificable ligereza y baja adulacion de llamarle: *Cabeza soberana de la Iglesia de Inglaterra*.

Tal fué el verdadero origen de la introduccion del cisma en Inglaterra. Hasta aquel momento Enrique VIII á pesar de verse contrariado en sus propósitos por el Santo Padre y del furor que habia manifestado contra el clero de su reino que no aprobaba su divorcio con la reina Catalina, no habia pensado en llevar á cabo una brutal ruptura con la Cabeza de la Iglesia echándose en brazos de la malhadada Reforma protestante. Inglaterra habia sido hasta entonces uno de los paises más católicos del mundo; habia producido multitud de héroes que dieron dias de gloria á la Iglesia, motivo por el cual mereció la Gran Bretaña el gloriosísimo epiteto de *Isla de los Santos*. Reservado estaba á Enrique VIII el arrastrar á aquella nacion al abismo del cisma: reservado le estaba eclipsar las glorias tan justamente adquiridas por aquel pueblo que desde que recibió la luz del Evangelio no se habia separado de las sendas de la salvacion.

Enrique VIII desde el instante mismo en que se habia oido titular *Cabeza soberana de la Iglesia de Inglaterra*, empezó á concebir el criminal desigmo de separarse de la fé romana reasumiendo en su persona el poder espiritual junto con el temporal en todos sus dominios. Viendo la inutilidad de los esfuerzos que habia hecho para conseguir del papa que declarase la nulidad de su matrimonio con Catalina, desterró á ésta en julio de 1531 dándole por residencia un palacio real léjos de Londres, y efectuó secretamente su casamiento con Ana Bolena. No seguiremos ahora todos los trámites del tránsito que experimentó la In-

glaterra al abandonar la fé católica para caer en el absurdo de la mal llamada Reforma protestante. Más propio es esto de la Historia general de la Iglesia, y en la que hace pocos años escribimos con el título *Siglos del cristianismo*, explicamos con minuciosidad tan lamentables acontecimientos. Dado ya á conocer á los lectores de esta obra quién fué Lutero, los principales acontecimientos de su vida, las causas que motivaron su apostasia, y todas sus inconsecuencias en materia de doctrina, debemos concretarnos al presente á dar á conocer las causas del desarrollo que en consecuencia de la apostasia de Enrique VIII tuvo el protestantismo allí donde se habian publicado tan severos edictos para evitar la invasion del cisma.

En 1533, hallándose vacante el arzobispado de Cantorbery por muerte de Guillermo Warhamo, Enrique nombró para esta dignidad á Cranmer, doctor de bastante nombradía, al que los anglicanos reconocen por principal autor de su Reforma. No era posible encontrar un eclesiástico más indigno para ocupar una silla arzobispal. Habia sido catedrático de Cambridge, de donde fué arrojado ignominiosamente por haber contraído matrimonio. Cranmer habia abrazado la Reforma luterana: sin embargo, el tránsfuga de la Iglesia tuvo buen cuidado por mucho tiempo de ocultar tanto su vergonzosa desercion como su casamiento por el odio que Enrique habia manifestado á los protestantes, y muy especialmente á los clérigos casados. Ganoso de captarse la voluntad del monarca, publicó un escrito manifestando que debia considerarse como nulo su matrimonio con la princesa Catalina. Por este medio alcanzó la proteccion

que deseaba y la sede de Cantorbery. Creyéndole el papa fervoroso católico, no solamente le concedió las bulas para el arzobispado, sino que le nombró su penitenciario. No puede concebirse mayor vileza. Cranmer se dejaba consagrar arzobispo según el pontifical romano, jurando por consiguiente fidelidad y obediencia al papa, al mismo tiempo que como luterano no reconocía en él ninguna clase de potestad: no creía en la misa, y la decía y daba licencia para decir la, ni en la confesión sacramental, y facultaba á sus clérigos para que oyesen confesiones.

Este modo de proceder tiene su natural explicación. Cranmer había deseado elevarse en dignidad y en la autoridad encubriéndose con el manto de la hipocresía, para poder mejor por este medio introducir el cisma en la Gran Bretaña destruyendo la fé católica.

Desgraciadamente consiguió el satánico proyecto que había concebido, gracias á la habilidad que para ello desplegó.

Poco después de verificado el criminal enlace de Enrique con Ana Bolena, esta presentó señales evidentes de hallarse en estado de preñez. Esto facilitó á Cranmer camino expedito para poner en práctica su proyecto. Presentóse al monarca, al cual le dijo que como pastor no podía disimular su incestuoso matrimonio con Catalina; que era indispensable romper inmediatamente aquellos criminales lazos y publicar solemnemente su matrimonio con Ana. Al rey le agradó sobremanera la determinación del prelado, y este le citó juntamente con su esposa, y en presencia de cuatro obispos, y de algunos teólogos y canonistas, declaró (títu-

lándose legado de la Santa Sede, como habían hecho siempre los arzobispos de Cantorbery) que aquel matrimonio había sido siempre nulo, y en consecuencia de esta sentencia, á los cinco días fué aprobado el matrimonio de Enrique con Ana Bolena, la cual fué coronada reina con régia magnificencia y suntuosidad.

¡Cuán diverso fué el fin de ambas reinas! La virtuosa Catalina cuando vió cercana la hora de su partida del mundo, escribió á Enrique con la mayor dulzura y sin darle la menor queja. El rey vertió lágrimas á pesar de su crueldad, y cuando murió Catalina dispuso que su entierro se verificase con toda la pompa y magnificencia debida á su alta alcurnia. De este modo sostuvo hasta la muerte su dignidad de reina. Ana Bolena, acusada del crimen de adulterio, fué ejecutada en público cadalso en mayo de 1536, habiendo precedido el anulamiento de su matrimonio con el rey, por haber confesado contra la verdad, contra su honor y su propia conciencia, que cuando casó con Enrique VIII estaba ya casada con otro. Por este medio creyó poder ablandar al rey, consiguiendo un efecto contrario.

El rompimiento del rey de Inglaterra con Roma había ya tenido lugar. Cuando el papa tuvo conocimiento de la sentencia pronunciada por Cranmer anulando el primer matrimonio del monarca, lo llevó á mal, é inmediatamente anuló aquella sentencia, mandando que Enrique se uniese nuevamente con Catalina. Irritóse sobremanera el lascivo monarca, y se declaró *Cabeza de la Iglesia de Inglaterra*, negándose á tener ó prohibiendo que en adelante su reino tuviese relaciones con el pontífice romano. Sin embargo, se debe

advertir que este cisma fué diferente del de Lutero, pues que á pesar de apartarse Enrique de la comunión del Vicario de Jesucristo contingaba aborreciendo el luteranismo.

Aquí se ve claramente como la fuerza de las pasiones ciega á veces á los hombres, arrastrándolos al abismo de todos los males. A Lutero le perdió la soberbia, y á Enrique VIII la lascivia. Este último había merecido, como antes dijimos, el honrosísimo título de « Defensor de la fé. » ¡Tan buenos servicios había prestado á la Iglesia! Pero el demonio de la lujuria tomó posesion de su corazon, trastornándole de tal modo, que le hizo ser tan grande en la impiedad como lo había sido en la fé, tan tirano para su pueblo como bondadoso había sido en los primitivos tiempos de su reinado. La historia le llama con justicia el Neron de la Inglaterra.

En esto paró aquel rey, que lleno de fé había tomado contra Lutero la defensa de los dogmas católicos, y que burlándose del heresiarca le llamó doctorcillo. Había hablado con un criterio muy recto y con una lógica incontestable, cuando tomando la defensa del pontificado dijo en su refutación al fraile apóstata: « La derivacion de un poder tan grande no puede estar envuelta en las tinieblas, mucho más pudiendo recordar su época. ¿Data de dos ó tres siglos? Abra la historia y lea. Pero si esta potestad es tan antigua que oculta su principio en la noche de los tiempos, téngase presente que las leyes humanas legitiman la posesion de todo aquello cuyo origen no puede indicar la memoria, y que por unánime consentimiento de las naciones está prohibido tocar lo que el tiempo respeta. Rara impudencia se nece-

sita para afirmar que el papa fundó su derecho en el despotismo. » Hemos repetido estas frases, del rey Enrique VIII, para que se note la variacion que obra en el espíritu humano el entregarse al desenfreno de las pasiones. Mientras fué morigerado y casto, permaneció unido á la Iglesia católica, y fué un hijo sumiso y obediente de la Santa Sede. Cuando se entregó al desenfreno de las pasiones, y sentó sobre su trono la lascivia, se separó de la Iglesia, á la que tanto había amado, porque no pueden existir juntas la luz y las tinieblas. ¡Desdichado monarca que cayó miserablemente desde la altura de la virtud al abismo del crimen!